

MARÍA O'DONNELL

ARAMBURU

EL CRIMEN POLÍTICO QUE DIVIDIÓ AL PAÍS.
EL ORIGEN DE MONTONEROS.

SE REQUIERE LA CAPTURA DE:



ESTELA NORMA ARROSTIO

Mujer, 19 años, argentina, 24 años de edad.
Estaba con María O'Donnell en el momento
de la explosión del avión el 25 de mayo de 1976.
C. I. N. 4.287.113. E. F. - L. E. N. 1.046.286



MARCO EDGARDO FIERRO NECO

Mujer "Rosario", argentina, 22 años de edad.
Estaba con María O'Donnell en el momento
de la explosión del avión el 25 de mayo de 1976.
C. I. N. 4.287.113. E. F. - L. E. N. 1.046.286



FERRANDO LUIS ABEL MEDINA

Mujer "Rosario", argentina, 22 años de edad.
Estaba con María O'Donnell en el momento
de la explosión del avión el 25 de mayo de 1976.
C. I. N. 4.287.113. E. F. - L. E. N. 1.046.286

DENUNCIÉLOS!

A la POLICÍA FEDERAL o al organismo policial más próximo en todo el país.

Índice de contenido

Portadilla

Cuerpos

Robo de un segundo cadáver

Un almuerzo con Mario Firmenich

El secuestro

Fumando un puro

Camino a La Celma

El germen

Los Tupas

Los caminos del Che

La simulación y el fogueo

El hecho de sangre

La Calera

La máquina de escribir

El primer mártir

El cadáver

Día del Montonero

El juicio

«Encomio todo lo actuado»

Las otras víctimas

Un largo e-mail desde Vilanova

De Sabino a Firmenich

Los Sabinos

El héroe accidental

La amnistía

Devolución del cadáver de Aramburu

El quinto hombre

La compañera

Las huellas de la historia

Agradecimientos

Fuentes y bibliografía

Aramburu

María O'Donnell

Aramburu

*El crimen político que dividió al país.
El origen de Montoneros*

O'Donnell, María

Aramburu / María O'Donnell. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Planeta, 2020.

Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga
ISBN 978-950-49-7056-9

1. Biografías. 2. Historia Argentina. I. Título.
CDD 920

© 2020, María O'Donnell
c/o Schavelzon Graham Agencia Literaria
www.schavelzongraham.com

© 2020, Editorial Planeta Chilena S.A.
Avda. Andrés Bello, 2115, piso 8°
Providencia, Santiago de Chile

Edición: Gabriela Esquivada
Investigación y edición fotográfica: María Flores

Diseño de cubierta: Departamento de Arte de Grupo Editorial Planeta S.A.I.C.
Fotografía de autora: Alejandra López

Todos los derechos reservados

© 2020, Grupo Editorial Planeta S.A.I.C.
Publicado bajo el sello Planeta®
Av. Independencia 1682, C1100ABQ, C.A.B.A.
www.editorialplaneta.com.ar

Primera edición en formato digital: abril de 2020
Digitalización: Proyecto451

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del "Copyright", bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático.

Inscripción ley 11.723 en trámite
ISBN edición digital (ePub): 978-950-49-7056-9

*A Fede, Milena y Carmela.
A Teresa, mi mamá.*

*¡Duro, duro, duro!
¡Estos son los Montoneros
que mataron a Aramburu!*

Canción popular de la Juventud Peronista en los años 70

CUERPOS

Cementerio de la Recoleta.

Buenos Aires, diciembre de 2019

En el cementerio de la Recoleta hay presidentes, hay premios Nobel, hay escritores, hay deportistas, hay estrellas del espectáculo: hay, en fin, una larga lista de celebridades enterrada allí. Es posible detenerse ante mausoleos con obras de arte que cortan el aliento o tumbas con leyendas misteriosas y, sin embargo, nada disputa la popularidad de una bóveda: la que guarda el cadáver de Eva Perón.

Como se aloja en un pasillo muy estrecho, los guías proponen un acuerdo a los visitantes: pueden mirarla primero y sacar las fotos que quieran, para luego avanzar unos metros y detenerse, en un lugar más amplio, a escuchar la historia. Así no entorpecen a los que vienen detrás a curiosear la tumba más visitada.

Si no fuera por ella, una de las figuras más relevantes de la historia argentina del siglo XX, la cripta de mármol negro con la inscripción «Familia Duarte» pasaría inadvertida. Su frente chato, su puerta con una gran cruz, se integran con perfecto disimulo en el cementerio.

—¿Notan algo? —pregunta el guía—. Hay algo que definitivamente distingue a esta tumba.

Nadie descubre nada: es algo tan a la vista que se ha vuelto invisible.

—Las flores frescas en las rejas —se responde a sí mismo, acostumbrado a que las flores nunca fallen y los visitantes nunca acierten—. Siempre hay flores frescas para Evita.

A las bóvedas de las familias aristocráticas de la Argentina pasada ya casi nadie llega con flores. Que le sigan llevando ramos a Eva Perón habla de la atracción que aún despierta su figura y del impacto perdurable de su muerte joven: la segunda mujer de Juan Domingo Perón tenía apenas treinta y tres años y era la persona más amada y odiada del país. Su funeral se extendió durante quince días y Perón tuvo que autorizar que importaran flores desde Chile y Uruguay: las que había en la Argentina se habían agotado.

Matías Mulet, el guía que me tocó en la visita que hice una tarde de sábado, detalló que el cadáver requiere de un cuidado muy especial dadas las peripecias inusuales que vivió. Acostumbrado a tener extranjeros en su público, se detuvo a contar una historia conocida por muchos argentinos. Contó brevemente cómo, ya muerta, Eva Perón viajó más que mucha gente en vida. Intentó explicar que las pasiones que había despertado antes de morir en 1952 se proyectaron luego sobre su cadáver.

Los militares que derrocaron a Perón en 1955 —informó— robaron el cuerpo embalsamado de la Central General de Trabajadores (CGT), donde estaba expuesto, y lo escondieron en un edificio de Buenos Aires. Más tarde lo llevaron bajo un nombre falso a Italia y casi dos décadas después lo devolvieron a su esposo y emprendió una travesía final hasta esa cripta de la que hablaba el guía, en la Recoleta.

Desde entonces recibe el trato de un tesoro, continuó Mulet:

—El féretro está alojado tres pisos bajo tierra y es el único de todo el cementerio que está protegido como la bóveda del Banco Central. Tiene un sistema antibombas y antisísmico.

Un cuento tan extravagante no pedía otro remate, traslucían las expresiones asombradas de los turistas.

Y sin embargo, el guía anunció:

—Ahora vamos a la bóveda del señor que se robó el cuerpo de Eva.

Nos llevó de regreso a la calle central del cementerio y caminó hasta un cuadrado de piedra tallada casi al ras del piso, a la altura de las rodillas. Mulet había explicado que las familias aristocráticas elegían las construcciones en altura, pero esta vez pidió que bajásemos la vista: en esa bóveda tan particular yacía Pedro Eugenio Aramburu.

Sin trabajos de herrería vistosos ni estatuas elevadas, la lápida apelaba a la sobriedad para compensar la pretensión del conjunto: en cada esquina los bajorrelieves exaltaban

una palabra enorme: *verdad, igualdad, austeridad y justicia*. Esos atributos, que presuntamente se asignaban a quien allí yacía, más otras citas por el estilo despertaron el enojo de mi guía: le sonaban hipócritas. Nos aclaró:

—Aramburu fue el primer abanderado de la persecución contra el peronismo. El enemigo de todo peronista, el que se robó el cuerpo de Eva...

Otra vez apremiado por los tiempos, resumió: Aramburu participó del golpe militar que derrocó a Perón en el año 1955 y ejerció la presidencia durante la llamada «Revolución Libertadora», que interrumpió la democracia y prohibió la existencia misma del peronismo.

Mulet hizo una pausa, como esperando una reacción. Aliviado porque se escuchó un silencio, confesó: aunque la bóveda tiene una ubicación privilegiada y de fácil acceso, en línea recta al ingreso del cementerio, no todos los guías se detienen allí.

—Algunos prefieren ignorarla para evitar polémicas.

Ese comentario despertó mi curiosidad más que ningún otro.

Me acerqué y me refirió un episodio reciente. Antes de que él pudiera terminar de hablar, un hombre mayor, de acento porteño, lo había interrumpido y le había gritado.

—Tu versión de los hechos es demasiado subjetiva. No estás contando toda la verdad. ¿Por qué no decís también que a Aramburu lo mataron los Montoneros y que después se robaron su cadáver?

Desde entonces, aunque esté apurado porque ya se cumple el tiempo de la visita y hay otro grupo que lo aguarda, Mulet agrega el resto de la historia aun si debe comprimirlo en pocas oraciones:

—Y a ese señor que se robó el cadáver de Eva en 1955, en el año '70 lo mataron los Montoneros, una guerrilla peronista.

La anécdota me pareció muy reveladora de la vigencia de una tensión que subsiste alrededor del caso Aramburu:

la puja por el lugar de la víctima y del victimario. Nada que el guía pudiera resolver en forma sencilla para una historia que ni siquiera ahí terminaba.

En un esfuerzo por no ocultar ningún dato que lo hiciera sospechoso de parcialidad, Mulet continuó:

—Y en 1974 otros Montoneros entraron de noche al cementerio y de esta bóveda que tenemos delante de nosotros se robaron el cadáver de Aramburu. Para devolverlo, exigieron a cambio el de Eva.

Una turista chilena que prestaba atención a ese cuento surreal miró al esposo y le dijo, como quien entendió todo:

—Cuerpo por cuerpo.

ROBO DE UN SEGUNDO CADÁVER





Bóveda de Pedro Eugenio Aramburu y uno de sus frontispicios.

Buenos Aires, octubre de 1974

Susana lo contó como una gracia. Les confesó a sus compañeros que un policía del cementerio de la Recoleta se la quería levantar. A *la Gorda*, como la apodaban, nada le resultaba menos seductor que un *botón*, pero había simulado interés por un deber que emanaba de su misión de combatiente: averiguar qué función cumplía su pretendiente en la Federal.

Descubrir que era un oficial raso que custodiaba el descanso nocturno de los muertos de la clase alta le había causado una mezcla extraña de decepción y alivio. Desencanto porque creyó que ese contacto no sería de utilidad para sus compañeros de lucha y sosiego porque creyó que pronto dejaría de frecuentar al policía.

Susana —su *nombre de guerra*— igual cumplió con su obligación de informar a su responsable político sobre el contacto que había establecido por fuera de las redes de la militancia. Tal como esperaba, a Francisco Urondo el cuento le causó gracia. Pero, menos previsiblemente, no lo dejó pasar.

Con cuarenta y cuatro años, el poeta Urondo era un guerrillero inusitado. Había trabajado como periodista, titiritero y guionista de televisión hasta que el gobierno de Fidel Castro lo invitó a La Habana como jurado del premio literario Casa de las Américas en 1969. Quedó tan fascinado con la Revolución Cubana que se integró a uno de los grupos guerrilleros que desde la Argentina se plegaron al proyecto continental de Ernesto «Che» Guevara, las Fuerzas Armadas Revolucionarias (FAR).

Cayó preso en poco tiempo. Un comité de solidaridad exigió desde París su libertad con la firma de los intelectuales y escritores más relevantes de la época: Marguerite Duras, Jean-Paul Sartre, Simone de Beauvoir, Julio Cortázar y Gabriel García Márquez. Recuperó la libertad, eligió otra